

EL TREN GALLEGO

Se va formando el tren con gran estré-
[pito

de topes, maderamen y cadenas,
entre suspiros del vapor que gime
y el eco sordo del vagón que rueda.
Engarza la serpiente sus anillos
en las enormes tuercas
para partir veloz al Noroeste,
de las montañas y los valles reina.
Mientras bullen y corren los viajeros
cargados de maletas
y se mezcla al rumor de las palabras
el abrir y cerrar de portezuelas,

allá arriba, hacinados en montones
como en aprisco estrecho las ovejas
más de quinientos hombres harapientos,
con las hoces acuestas,
rendidos, destrozados, asquerosos,
el punto y hora del embarque esperan.
Tan amplio es el andén, que en el podría
cargar un escuadrón á rienda suelta.
Pero para ellos no, que confundidos
se amontonan, se estrujan y se aprietan,
por la fila de guardias separados
de todo el mundo, como masa infecta.
Caen sobre ellos la burla y el insulto
sin arrancarles lágrimas ni quejas,
y esperan horas y horas, resignados,
con los ojos clavados en la tierra.
¡Como si todavía
demandaran perdón por su miseria!

Regaron con sudor, en brega ruda,
las ardientes llanuras extremeñas
y vienen aspeados, mustios, secos,
llenos de mugre, con las caras negras,
sintiendo todavía en las espaldas,
cual látigo candente, el sol que quema.
Y allí están esperando que les pongan
unos cuantos vagones de tercera,

los viejos, los más sucios, los peores,
que han de formar del tren á la cabeza,
para que en caso de avería ó choque
se magullen, se aplasten y perezcan,
salvando á los demás, aquellas máquinas
que llenaron de trigo las paneras.
Y así pronto, metidos á empujones,
tratados como bestias,
instrumentos, personas y equipajes
irán en cada coche cuantos quepan.

En su largo camino
el pobre tren gallego, tren carreta,
tendrá que echarse á un lado muchas veces
al paso del exprés, que le desprecia,
y ocultará en la vía, avergonzado,
la podredumbre que en su vientre lleva,
para no emponzoñar con el aliento
las berlinas, salones y literas.

.....

Rechazad, si podéis, á los obreros
que demandan su puesto en vuestra mesa
y salen de talleres y de fábricas
para tomar coraje en las tabernas.
Truene airado el cañón y brille el sable
contrastando la fuerza con la fuerza,
que la podrida sociedad es justo



que, al ir á derrumbarse, se defienda.
¡Pero tened piedad, piedad tan solo,
para esa muchedumbre humilde y buena
de los trabajadores de los campos
que no piden, ni luchan, ni protestan,
y mueren asfixiados y rendidos,
con su sonrisa de dulzura eterna,
por llevar efímero consuelo
al miserable hogar que los espera!



EN EL OLIMPO

Un día, ya hace siglos,
los topos se juntaron
y á Jove se quejaron,
cansados de cavar.
¡Protestamos (dijeron)
de que haya tanta gente
que goza libremente
del aire, el sol y el mar!

—¿Por qué?

—Porque nosotros,
por una suerte perra,
pasamos bajo tierra
la edad de la ilusión,
en tanto que allá arriba
los más afortunados
encargan á los hados
de su manutención.

—Y qué queréis?

—Que nadie
holgando coma y beba,
que todo el mundo deba
cavar para comer.

—¡Caramba con los topos!

¡Con qué coplitas vienen!

Lo malo está en que tienen
razón al parecer.

Apolo, tú ¿qué opinas?

—Señor, á fe de Apolo,
yo creo que no es solo
trabajo el de cavar,
y que también trabaja
buscando su sustento
quien cruza raudo el viento,
quien surca libre el mar.

Sacar de topo al topo
sería un poco grave:
¡ni vuela como el ave,
ni nada como el pez!
—De modo que tú piensas...
—Que los comisionados
están equivocados,
señor, por esta vez.
—Pero hay una injusticia.
—Pues culpate á tí solo.
—¡Me estás faltando, Apolo!
—¡Pues no me vuelvo atrás!
Pudiste ahogar en germen
el malestar profundo.
—¿Cómo?
—¡Poblando el mundo
de topos nada más!



LA METAMORFOSIS

Era la Encarnación una criada
de una belleza *que metía miedo*;
¡la chula más salada
que ha pisado la villa coronada
de Chamberí á la ronda de Toledo!

Con un aire atrevido y descocado
se llevaba de calle al más pintado,
y no hubo señorito á quien sirviera,
ni viudo, ni soltero, ni casado,
que no buscara ansioso la manera
de rendir su virtud firme y entera!

Pero ¡inútil empeño!
porque más que garbosa y resalada

la chulilla era honrada,
y el alma conservó libre y sin dueño,
¡hasta en las tentaciones violentas
de los Cuatro Caminos y las Ventas!

Y hete que un día un chico
bien educado, y elegante y rico,
por la constante resistencia loco,
se enamoró de veras poco á poco.

Y se casó con ella entusiasmado
por aquella belleza soberana,
y aquel aire resuelto y descocado
de hembra de *buten* y mujer *barbiana*.

Desde aquel punto y hora
cambió la Encarnación, porque el marido
digna la quiso hacer de su apellido
sacando de la chula una señora.

Y ¡oh cruel desencanto!
la finura, adquirida de repente,
la robó el descarado continente
que su hermosura realizaba tanto.

Y él, que había soñado con la gloria
de un amor como hay pocos en la historia,
vió su pasión perdida en el reposo
de un cariño vulgar, tranquilo y soso,
quitando á su mujer la chulería,
¡que era lo más bonito que tenía!



I

En un pueblo, no sé cuál,
pero sin duda importante,
un muchacho, practicante
de yo no sé qué hospital,
se enamoró locamente
con una pasión bravía
de una chica que cosía
en un obrador de enfrente,

y en la primera ocasión,
cayéndosele la baba,
la dijo que la adoraba
con todo su corazón.

Ella no vió buen marido
en él, y dijo que *nones*
con las más breves razones
que se le dan á un nacido.

Con lo cual el desgraciado,
por las calabazas ciego,
sintió más ansa y más fuego
desde que fué desdeñado.

(Porque todo el mundo sabe
que se pierde la cabeza
cuando el amor se tropieza
con un obtáculo grave.)

Empeñándose en vencer
á la pobre costurera,
siempre espera que te espera
á la puerta del taller,

hizo de tal modo el paso
durante días enteros
que todos los compañeros
se enteraron del fracaso.

Al fin, irritado, loco
al mirarse escarnecido,

quiso tomar el partido
de contentarse con poco,
y la dijo:—¡Por favor!
Mira que vas á matarme,
y ya que no puedes darme
ni una esperanza de amor,
dame un beso, ¡sólo un beso
que recordar mientras viva!

Pero ella, honrada y altiva,
le respondió:—¡No, ni aun eso!

Ante aquel nuevo percance
rompió el mancebo por todo,
buscando de cualquier modo
la venganza á todo trance.

Desde entonces no hizo nada
más que mostrarse engreído
como si hubiera obtenido
los favores de su amada,
y la calumnia grosera
que destruye cuanto toca,
corriendo de boca en boca,
llegó hasta la costurera.

¡Siempre es creído el error
que á un tercero perjudica!
¡Total, que á la pobre chica
la echaron del obrador,



Algunos meses después,
presa de terrible mal
moría en el hospital
el número veintitres;

una muchacha inocente
muy jóven, muy desgraciada,
que habia entrado atacada
de viruela confluyente.

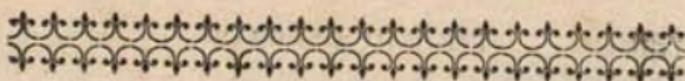
¡Que viruela, cielo santo!
¡Que mucho que se asustara
todo el mundo, si la cara
de la enferma daba espanto?

Nadie se acercó a su lecho;
nadie más que un practicante
que al verla casi espirante
dijo en voz alta: - Esto es hecho.

El fallo oyó claramente
la infeliz que se moría,
pero al ver quien lo decía
se incorporó de repente,

entre sus brazos huecos
se estrechó como una loca
y sellándole la boca
con sus labios arquemados

le dijo: - ¡Infame! ¿No es eso
lo que ansioso me pedías?
Pues ya lo tienes. ¿Querías
un beso? ¡Pues toma el beso!



LA ETERNA INJUSTICIA

Aduladora de la indocta masa,
dejándose arrastrar por la corriente
de ese vulgo inconsciente
que hace sus genios... para andar por casa,
la medianía audaz bulle y se endiosa,
se recrea en su orgullo satisfecho
y hasta logra sacar honra y provecho
del clarín de la fama mentirosa.

El genio de verdad, casi divino,
gastando su energía soberana,
se planta bravamente en el camino
á combatir la necedad humana.

.....

¡Inútil, vana y temeraria lucha,
porque él es uno solo y ella es mucha!

La multitud le arrolla; cae vencido,
hallan en su dolor los vencedores
goce brutal, y muere en el olvido,
sin laureles ni honores.

.....

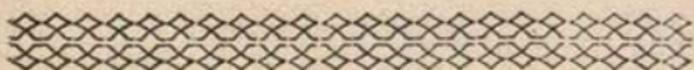
Al cabo triunfa la justicia, es cierto.
Siglos después la humanidad se entera
de que era insigne el muerto,
y su nombre venera
esculpiéndole en mármoles y broncees...
¡pero tres pitos se le importa entonces!



Ingrata jilguera
(decía un jilguero)
¡qué dura es la infame
traición que me has hecho
¿Te busqué yo acaso?
Bien saben los cielos
que libre volaba
por bosques y huertos,
sin más enemigos
terribles y arteros
que el águila arriba
y el hombre en el suelo.
¿Por qué á esos peligros
de que huyo y que temo
se unió el de tus ojos
brillantes y negros,

que siempre acechando
mostrábanme tiernos
la extraña dulzura
que tienes en ellos?
¿Por qué hasta mi nido
venías, luciendo
con giros graciosos
y rápidos vuelos
las plumas brillantes
que cubren tu cuerpo,
que amoroso besa
con delicia el viento?
¿Por qué de tus cantos
traíame el eco
los más cariñosos
y dulces gorjeos?
En ganarme el alma
pusiste tu empeño
para con desdenes
herírmela luego.
Cuando yo, engañado
por tus embelecos,
por amarte vivo
y en amor me quemó,
tú, impasible, pagas
mis halagos tiernos

con indiferencia
rayana en desprecio.
Que en la red me cojan
ó al romper el vuelo
me destroze un ala
perdigón certero,
por traición lo tomo,
pero no me quejo,
porque así nos matan
y morir habemos.
Pero que asesinen
unos ojos negros
que el amor alientan
con un fin siniestro,
¡eso ya es un crimen
que castiga el cielo!
¡Jilguera, no sabes
el mal que me has hecho!
Bajo el ala el pico
y esponjado y hueco,
sólo ya la calma
de la muerte espero.
¡Todas sois iguales!
Bien visto lo tengo.
¡Pájaras por fuera!
¡Mujeres por dentro!



¡OH, LA FAMA!

Seis años, día por día,
pasó el bueno de Vicente
haciendo una poesía
dedicada al sol poniente
que, como no se ha enterado
de que resultó muy bella,
podía haberse quedado
perfectamente sin ella.

No habrá que decir que el vate
concluyó su poesía
sin decir un disparate
de los de mayor cuantía,

pues dedicando á su objeto
tanto tiempo y tanta calma,
á él entregó por completo
las tres potencias del alma.

Habia, naturalmente,
«nubes de grana y topacio,
disco que iba lentamente
hundiéndose en el espacio,
y mar que en montes de espuma
el resplandor recogía
para perderle en la bruma,
que era el sudario del día...»

En fin, que en una tirada
de hermosos alejandrinos
no dijo Vicente nada
que importara tres cominos,
pero que gustó de un modo
sorprendente, extraordinario,
entre sus amigos todo
y especialmente el sudario.

Y lo leyó en el salón
de una dama principal,
una noche de sesión
literaria y musical,
ante un público paciente
que no protestó de nada,

y además hizo á Vicente
una ovación desusada.

Como eso no da dos reales,
no saca de sus casillas
á los críticos formales
que escriben las gacetas,

y ¡claro! al día siguiente
la prensa nos dijo, llena
de gozo, que el sol poniente
estaba de enhorabuena,

que Vicente merecía
una muestra de entusiasmo
porque aquella poesía
era un asombro y un pasmo,

y que el Estado debiera,
tomando en el acto parte,
premiar de alguna manera
aquel prodigio del arte.

En resumen: desde entonces
le entró á mucha gente gana
de que se esculpiera en bronce
lo del topacio y la grana,

y no hay un cristiano que hable
ó escriba algo de Vicente
sin añadir la envidiable
coletilla de «eminente.»

Él, por su parte, se cuida
de su fama de poeta,
y ya no ha vuelto en su vida
á escribir una cuarteta.

¿Hay velada en un teatro?
Pnes manda como destellos
de su musa... tres ó cuatro
alejandrinos de aquellos.

¿Le piden alguna prueba
de su ingenio y de su fama
para una revista nueva
que quiere dar su programa
con firmas de gran valía?

Ya se sabe que Vicente
remite su poesía
dedicada al sol poniente.

Y así propaga su gloria
con la pluma y con la lengua,
y así pasará á la historia
sin discusión y sin mengua...

—
Si fuera cierto este caso,
se deduciría de eso
que... no es el monte Parnaso
de tan difícil acceso.



ENSAYO GENERAL

Una tarde de lluvia, fría y triste,
se ensayaba *con todo* una zarzuela
en que había de haber soldados, monjas,
pajecillos del rey, frailes y dueñas.
Obscuro estaba todo, tan obscuro
que, desde el sitio de la concha, apenas
se divisaba la pared del foro,
de mugre, tizne y desconchados llena.
Después de un parlamento de la tiple,
el autor del juguete... ó lo que fuera,

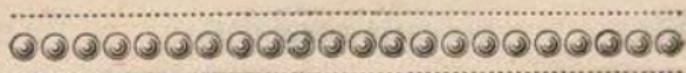
quiso hallar *un efecto* en el *contras'c*,
que gusta á veces... si el maestro acierta.
Y mientras los coristas, que debían
representar la infame soldadesca,
cantaban en la calle á grito herido
que el vino y el amor son cosas buenas,
se oía lejos la plegaria dulce
del coro de las monjas en la iglesia,
que apoyaban á ratos las violas
arrancando lamentos á las cuerdas.
En oculto rincón del escenario
quince ó veinte muchachas, soñolientas,
casi á medio peinar, descoloridas
por la luz deslumbrante de la escena,
conservando en los rostros juveniles
del colorete y del *cold-cream* las huellas,
esperaban, contando los compases
y á la batuta del maestro atentas.
Llegó el preciso instante, todo el grupo,
bajando por instinto las cabezas,
rompió á cantar al fin, obedeciendo
caprichos del autor que hizo la letra:

«Santa Virgen pura,
dulce madre nuestra,
contra los pecados
danos fortaleza...»

Eran ellas; las mismas que de noche
desfilaban, airoosas y coquetas,
teñidas de carmín, luciendo el cuerpo
como incentivo á las pasiones puestas.
Las que hacían los guiños misteriosos
en pago de claveles ó camelias,
y á las que acaso acompañó al ensayo
galán de turno, ó protector en puerta.
Y allí, en aquel rincón, así agrupadas
casi era hermoso el cuadro y grandes ellas
con su firme atención á la batuta,
que semejava devoción perfecta.
Defendían las pobres pecadoras
con ímprobo trabajo su existencia
cantando á media voz, con los oídos
esclavos de las notas de la orquesta:

«Santa Virgen madre,
de los cielos reina,
cariñosa atiende
la piegaria nuestra...»

—
¿Agradece la Virgen esos rezos?
Puede que sí. ¡La Virgen es tan buena!
¡Y en cuestión de oraciones, nadie puede
saber á punto fijo las que llegan!



CUENTO OLÍMPICO

Las pobres abejas
del monte Parnaso
llegaron á Jove
gimiendo y llorando.
—Señor, le dijeron,
¡de aquí no pasamos!
porque esto ya es cosa
que enciende los ánimos.
Ya sabes quo hacemos
con mucho trabajo
sabrosos panales
que son nuestro encanto.

Pero ¡ay! que los dioses,
que son unos vagos,
encuentran sin duda
riquísimo el plato,
nos siguen, nos celan
y así que acabamos
la miel, nos la roban
metiendo las manos.

—Y ¿qué hemos de hacerle!

—Pues... ver de arreglarlo,
porque esto hemos dicho
que no lo aguantamos.

¡Queremos ser todos
iguales!

—¡Canastos!

¿Y cómo?

—¡Si es fácil!

Tú puedes graduarnos
de dioses. No niegues.

—Sí puedo.

—¡Pues hazlo!

y así comeremos
la miel del Parnaso
lo mismo que Ceres,
Mercurio, Vulcano,
Cupido, las Musas

y tantos y tantos...

—Muy bien, hijas mías;
pues hay un obstáculo.

—¿Cuál es?

—Si de vuestras
cadenas os salvo,
si borro las clases,
no quedan ¡es claro!
ni reina que guíe,
ni obreras, ni zánganos,
ni vagos que vivan
de ajenos trabajos.
Seremos felices,
¡verdad! pero en cambio,
no hay miel para nadie.,.
¡y en paz y jugando!



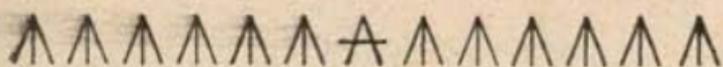
QUERIDO AMIGO...

En el dolor inmenso
que juras que te aflige,
la inspiración buscando
te estrujas y te exprimes.
Tú quieres, pobre iluso,
que la áurea lira vibre
y en lastimeras notas
tus hondas penas pinte.
La pluma rompe, Fabio,
porque eso no es posible;
¡las llagas del espíritu
se sienten, no se escriben!

Dirás que muchos otros
lograron ser insignes
contando sus pesares
en verso *atado* ó libre,
y hay libros en que el genio
dejó huellas sublimes
rimando de sus penas
las impresiones tristes.
Verdad; mas de esos ayes
y de esas quejas, ríete,
lo mismo que en los dramas
cuando á una madre mires
que al ver al hijo muerto,
como el dolor la rinde,
prorrumpe, en redondillas
sonoras y difíciles,
á hablar entre sollozos
de perlas y rubíes,
de florecitas lacias
y análisis y síntesis...
Se pintan, ya lo creo,
las ansias que se fingen,
los celos que se inventan,
los lazos que no oprimen,
y á veces logra el numen,
con mágicos perfiles,

que al verdadero duelo
la falsedad imite;
pero no intentes, Fabio,
que puedan traducirse
las propias amargas
en las cuartillas vírgenes.
¿Podrás, cuando las fibras
del corazón palpiten
y el alma te desgarran
puñales invisibles,
buscar palabras huecas
que el verso vigoriceen,
cazar los consonantes
y acentuar las íes?
Podrás, si acaso, en calma,
pasada ya la crisis,
hallar amargos dejos
en tus recuerdos tristes;
pero llorar de veras
con el forzado timbre
que han de imponer al llanto
los puntos y las tildes,
no lo pretendas nunca,
porque es tan imposible
como domar leones
con un junquillo humilde.

¿Quién al compás ajusta
la vida que se extingue,
las penas que atenazan
y el alma que se rinde?
¿Las lágrimas te ahogan?
Pues en silencio gime,
y á solas el embate
de tu pesar resiste.
Si escribes, ya no sientes;
si sientes, ya no escribes;
porque el dolor... no pasa
por que lo versifiquen.



MÚSICA PERDIDA

La roja luz del último tranvía
se perdió de la calle en la revuelta,
y cesaron los ruidos ante el sordo
monótono rumor de lluvia espesa,
turbado solamente por las notas
ásperas, estridentes, lastimeras
que de su violín sacaba un viejo
apoyado en el quicio de una puerta.
Nadie pasaba ya. Quedó el mendigo
tan emperrado en la mazurka eterna
como si embelesada en sus arpegios
la muchedumbre atónita le oyera.

¿Por quién tocaba, pues, si no tocaba
con la esperanza de limosna incierta,
ni había corazones que ablandasen
de su instrumento las sentidas quejas?
Al verse, acaso, con el cielo á solas
le pedía el alivio de sus penas
y al cielo dedicaba aquella triste
suplicante canción de la miseria.
Pero... ¡inútil rascar! Como los hombres
durmiéndose también la Providencia,
pagaba indiferente su mazurka
llenándole de fango la bandeja.



NOCHE PERDIDA

Tronada volvió Luisa
de Buenos Aires,
sin otro aditamento
ni otro equipaje
que lo preciso para
cubrir las carnes,
un rollo de cartitas
de sus amantes

y una chiquilla rubia
como los ángeles.
¿De quién? ¡No lo sabía
su propia madre!
Otras que con ideas
fueron iguales,
volvieron deslumbrando
con sus brillantes
ganados en batallas
de todas clases;
pero Luisa, la pobre,
cruzó los mares,
no encontró en la otra orilla
más que desastres,
y trajo, en vez de sedas,
oro y encajes,
aquella niña rubia
como los ángeles.

—
¿Qué hacer en tal apuro?
Lo que otras hacen:
llamar á los amigos
para salvarse.
Como yo de la lista
formaba parte,
me encontré sorprendido

por un mensaje
que decía á la letra,
salvo el enjuague
de zedas, bes y jotas,
fes y haches:
«He venido. Te aguardo.
Tengo que hablarte.
Si quieres que cenemos,
dí que preparen
la cena, y que la traigan
de cualquier parte.
Ven á las nueve en punto,
no te retrases,
porque te armo la gorra
como me faltes.»

--

Visto estaba el *sablazo*,
pero ¡qué diantre!
tal vez viniera guapa
de Buenos Aires...

.....
Fuí. Cenamos, y mientras
mataba el hambre
me contó sus desgracias
con mil detalles,
¡extremando sus mimos

para ablandarme,
los mimos de las hembras
de su linaje!
La niña no cesaba
de contemplarme
clavados en los míos
sus ojos grandes,
y al fin dijo entre dientes:
—Mamá, ¿es mi padre?...
Luisa exclamó riendo:
—¡Toma! ¿quién sabe?
¡Diría tantas veces
la misma frase,
para que contestaran:
—Pues mira, es fácil!

—
Entretanto un vinillo
como vinagre
metía poco á poco
fuego en la sangre,
y Luisa, ya olvidada
de sus pesares,
encendidos los labios,
secas las fauces
y entornados los negros
ojos brillantes,

hábilmente fingía
desconcertarse
sintiendo por mis brazos
ceñido el talle.
Pero de pronto, como
si se acordase
de que á los niños dañan
ejemplos tales,
cogió á la niña rubia
con rabia casi
y diciéndole:—¡Toma,
si hay que acostarte!
tiró los cuatro trapos
en cualquier parte
y al débil cuerpecillo
dejó en el catre.
—¡A dormir en seguida,
que si no lo haces
te doy dos coscorrones
de los que sabes!
—¡Cántame la gitana!
—¡Qué! No hay cantares
ni gitanas, ni cuernos;
duérmete y cállate.—
Tembló la pobre niña
como en los árboles

tiemblan las hojas lacias
que empuja el aire,
y apretando los párpados
calló un instante,
creyendo que así el sueño
vendría á escape.
Pero luego, con ese
tonillo suave
de los niños que piden
mimo á sus madres,
repitió su estribillo
lento y constante:
—¡Mamita! ¡La gitana!
¡Ven á arrullarme...—
y Luisa, haciendo un gesto
deságradable,
se acercó á la camita
de mal talante
y cantó, prescindiendo
de los compases,
como quien tiene gana
de que se acabe:
«Esta niña chiquita
no tiene madre,
la parió una gitana,
la echó á la calle...»

—Vamos, ¿te duermes?

—¡Otra!

—¡Llévete el diantre!

Ya he cantado. Con una
tienes bastante.—

Y se volvió á mi lado
sin inmutarse
y entornando los negros
ojos brillantes.

La niña, sollozando
ronca al quejarse,
seguía con su tema
dulce, insinuante:

—¡Cántame la gitana!
¡Cantála, madre!

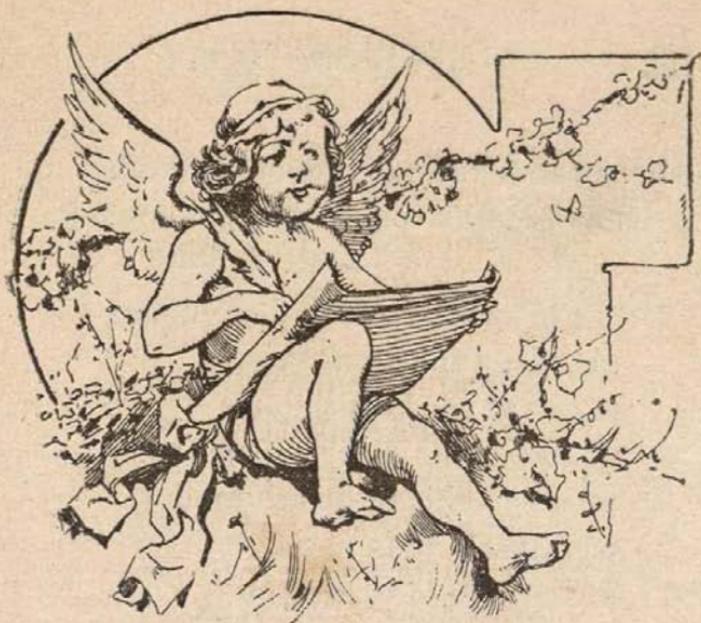
—Vamos, Luisa (la dije)
quiere que cantes;
¿por qué no la concedes
favor tan fácil?

—¡No estoy yo para coplas,
que duerma y calle!

—Llora la pobrecilla
—¡Pues que se aguante!

.....
Me dió mucha vergüenza,
rabia, ¡coraje!

y rompiendo los lazos
tenues y frágiles
que empezaban traidores
á sujetarme,
me acerqué al pobre lecho,
y allí, inclinándome
hasta juntar mis labios
con los del ángel,
y con el alma entera
puesta en las frases,
sintiendo en las entrañas
goce inefable,
canté bajo, bajito,
llorando casi:
«Esta niña chiquita
no tiene madre,
la parió una gitana,
la echó á la calle.»
Y la chiquilla rubia
como los ángeles
se durmió entre mis brazos
acariciándome
con su mirada tierna,
tranquila y suave,
que decía:—Eres bueno...
¡Dios te lo pague!



AMOROSAS

Viendo á una palomita zalamera
que le hacía carocas á un palomo
para darnos dentera,
y al fin se le escapó sin saber cómo,
lo mismo que una loca te reías,
mientras yo te adoraba como un loco
y ensayabas en mí tus monerías
quemándome la sangre poco á poco..

Ahora va resultando que era broma:
¡buenas pájaras sois tú y la paloma!

—

Por mucho que le den vueltas
algunos sabios varones,
para vencer las pasiones
no hay como dejarlas sueltas,
pues se achican de ese modo
y la libertad las mata;
en cambio, si se las ata
crecen, y saltan por todo.

—

Con mujeres y moros siempre ha habido
peligro de caer en la emboscada.
El avance resulta muy lucido:
¡lo grave suele ser la retirada!

—

¿Que ella te olvida? Quizás,
pero no tengas cuidado
de que te deje plantado
por otro que valga más,
que en el mercado de amor
suele siempre la mujer
regatear, escoger...
y cargar con lo peor.

—

¡Qué prudente y qué buena es la medalla
que de la cinta de tu cuello pende!
Ve nuestro amor y calla;
la doy para tí un beso y no se ofende.

—
No llores por el traidor
que su libertad recobra,
porque ya saben de sobra
las pescadoras de amor
que el hombre es el pez más lelo
y más tonto de los peces,
porque va quinientas veces
á morder el mismo anzuelo.

—
Los labios de mi niña me embelesan
y, si en mí consistiera, sus pecados
serían perdonados,
porque juran en falso, ¡pero besan!

—
Recuerdo que siendo chico
me dió un beso Nicanora;
¿á que me lo niega ahora
que me sabría tan rico?

—
Bien quisiera la niña por quien muero
poder gozar con los recuerdos santos

de su primer amor, puro y sincero;
pero ha tenido tantos
que no puede saber cuál fué el primero.

—
Tú, que eres bueno, sabrás
que en amor pierden los buenos,
porque las mujeres, Blas,
siempre quieren mucho más
á quien lo merece menos.

—
Con cebo de brillantes
los hombres ricos te pescaban antes.
¡Hoy buscas y no encuentras, de seguro,
quien ponga en el anzuelo medio duro!

—
Mi morena es cosa buena,
eso á nadie se le oculta;
pero ¡qué diantre! resulta
siempre la misma morena.

—
Es un poco aburrido
vivir eternamente encadenado
entre el ansia del goce no probado
y la amargura del placer perdido.

—

Has de saber, Lucía,
que un novio tiene siempre picardía.
Pide pruebas de amor, por pedir algo,
y en cuanto se las das... ¡échale un galgo!

— ¡Buscad á las muchachas!
dice el instinto;
y la razón nos grita:
— ¡Temedlas, hijos!
Consejo en balde,
porque también los hombres
son animales.

El hombre nunca sabe lo que quiere.
Por la inocencia á lo mejor se muere,
y busca una mujer tan recatada
que de lances de amor no sepa nada
y á fuerza de candor le desespere;
para echarse la cuenta al otro día
de que es mucho mejor la picardía.

De que te quise mucho
no te des tono,
puesto que me abandonas
y te perdono.

Si es el sueño la imagen de la muerte,
no tendré gran pesar cuando sucumba,
porque así como en sueños puedo verte,
también te podré ver desde la tumba.

Tú me dominas, Mercedes,
aunque yo diga que no;
me dominas porque puedes
y porque me dejas yo.

Y estos signos no son buenos,
porque, entre amantes, sabrás
que siempre el que quiere menos
es el que domina más.

En las peleas del amor salvaje
vencer es ultrajar, y las vencidas
protestan del ultraje...
pero suelen quedar agradecidas.

La desventaja que llevo
al empezarte á querer
es que ya no he de poder
enseñarte nada nuevo.

No conozco mujer más festejada.
Los asnos que te ven te piropean

comparándote á un saco de cebada,
que es lo que ellos adoran y desean.
¿Qué he de decirte después de eso? ¡Nada!

—
Me has hecho un daño muy grande
al estudiarme, fingiendo
ora desvío y desdenes,
ora pasión, ora celos...
En fin, te has entretenido
como los niños pequeños
que destrozan los juguetes
por ver lo que tienen dentro.

—
Tonto llaman las gentes al que de pronto
derrocha su fortuna con las doncellas...
¡Ojalá fuera rico para ser tonto,
porque nada en el mundo vale lo que ellas!

—
En el libro del amor
el prólogo es lo mejor,
y hay que leerlo con calma
porque de ese modo el alma
encuentra el placer mayor.

Y, sin embargo, sucede
que el buen propósito cede
ante la pasión que abrasa,

y siempre el lector lo pasa
lo más de prisa que puede.

Dame un abrazo en vez de un juramento,
que es más práctico el goce de un momento
que cien palabras de las hijas de Eva,
pues las promesas se las lleva el viento
y el abrazo soy yo quien se lo lleva.

Ya me voy haciendo viejo.
¿Sabes en qué lo conozco?
¡En que me gustan las niñas
con los vestiditos cortos!

¿Me quiere ó no me quiere? ¡No la en-
[tiendo!
Me voy cansando ya de hacer la corte
y no salgo de dudas... ¡Estoy viendo
que me lo dice cuando no me importe!

El hombre sus promesas
olvida pronto,
y el que no las olvida
pasa por tonto.

Aproximarse á Dios el mundo entero
desea siempre, progresando así.

Yo tengo más modestia. ¡Sólo quiero
aproximarme á tí.



EL SEXO DÉBIL

.....

I

En alta mar, de noche
y entre el velo tupido de la niebla
chocaron dos vapores. Uno de ellos
salió del choque con la proa abierta.
Le asaltaron las olas y anegado,
tras una lucha rápida y tremenda,

.....

se lo tragó el abismo,
con una fuerza de atracción inmensa.
Ni rastro quedó de él. Sólo una tabla
que el azar arrancó de una cuaderna
flotó en el espantoso remolino
como flota en el aire una pavesa.
Un brazo varonil la asió de pronto,
en la terrible convulsión suprema,
se agitaron las aguas
y surgió un hombre de la mar revuelta.
Traía una mujer, casi una niña,
desmayada, insensible, medio muerta,
que allá en el fondo se encontró sin duda
como él bregando con las olas negras.
Y luchó contra el mar sobre el madero,
duplicando las fuerzas,
aterido y hambriento muchas horas
pidiendo á Dios que la mujer viviera.
Y Dios los arrojó, premiando acaso
el vigor demostrado en la pelea,
de un islote desierto
entre las altas y negruzcas peñas.

II

La isla inhabitada,
miserable y pequeña,
más que esperanza de alargar la vida
daba un respiro á la agonía lenta.
Si se hubiera salvado el hombre solo,
cobarde y consumido en la impotencia,
se echaría en los brazos de la muerte...
pero había una hembra
y él luchó bravamente muchos días,
más que por él, por *ella*.
Pronto á costa de esfuerzos sobrehumanos
se levantó una choza entre las peñas,
y raíces y peces y moluscos
sirvieron de alimento á la pareja.
¡Podían esperar! ¡Y la esperanza
les da á los desgraciados tanta fuerza!
.....
¡Claro! vino el amor. Amor bravío
que la tranquila soledad engendra.
Sintió el hombre en el pecho llamaradas
que encendían la sangre de sus venas,
pidiendo á todas horas su tributo

despótica y brutal naturaleza.

—Esta pasión me mata (se decía),
adoro á esta mujer con ansia inmensa,
cada día la encuentro más hermosa
y el deseo me azuza y me espolea...

Casi tengo el derecho

de dar á mis pasiones rienda suelta,
porque vive por mí, ¡y es cosa mía,
si no por voluntad, á viva fuerza!—

Y en seguida pensaba, refrenado
por la voz del honor y la conciencia:

—Pero no, que ante todo,
caballero he de ser tan digno de ella,
que del fuego traidor que me consume —
no ha de notar el resplandor siquiera.

Corromper su virtud cuando no tiene
ni cerrojos, ni guarda, ni defensa,
y saciar, arrancándole la honra,
los instintos brutales de la fiera,
sería acción villana,

reprochable, indecente y canallesca.

Lucharé y venceré. Las tentaciones
ante la firme voluntad se alejan...

Y siempre vencedor, fué casi santo
en una lucha desigual, perpetua...

III

Un día apareció en el horizonte
un punto negro. ¡Un barco! Hicieron señas.
y le vieron llegar con la alegría
con que verán la gloria los que llegan.
—Tú sola en él te salvarás (la dijo).
Si nos ven aquí juntos cuando vengan
quedarás deshonrada, porque nadie
creerá en mi sacrificio y tu pureza.
No servirá jurar. El mundo es malo
y llama tontería á la decencia.
Yo oculto esperaré. Cuando te alejes,
volveré á batallar con la miseria.
Me ayudan mi esperanza y tu recuerdo,
y ya me salvaré... cuando Dios quiera.—
Y el barco se marchó, llevando á bordo
la hermosa niña de sin par belleza,
y allá dejando en las peladas rocas
al pobre mártir de sublime idea,
que soñaba tener, en justo premio,
altar de dios en la memoria de ella.

IV

Era tan guapa la mujer, que el buque
se trocó en un infierno á su presencia.
Se disputaban todos sus favores
y por tácito acuerdo fué la reina.
El capitán triunfó, por más asiduo,
por extremar obsequios y finezas,
y porque las mujeres
prefieren siempre que el que manda venza.
Le amó en seguida, deslumbrada, loca,
y en sus brazos cayó, cual si quisiera
tomar gozando, al retornar al mundo,
pronto desquite á la forzada ausencia...
¡Y se quedaba el náufrago allá lejos
solo y perdido en miserable tierra,
más orgulloso con su honor que el héroe
que se muere abrazado á la bandera!

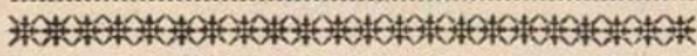


PESADILLAS

Estás, pobre niño,
convulso, asustado,
porque hace unas noches
que pasas mal rato
con unas visiones
y ensueños muy raros.
Apenas apagan
la luz de tu cuarto
y das media vuelta
y entornas los párpados,

cien sombras horribles
de bichos extraños
en torno á tu lecho
se agitan danzando:
demonios enormes
con cuernos y rabos,
serpientes con alas
y picos de pájaros,
dragones terribles,
vestiglos y sapos
que quieren llevarte
gruñendo y chillando
y afilan sus uñas
lo mismo que garfios.
Pues eso no es nada.
Tú duermes entretanto,
sin dársete un bleo
de monstruos y endriagos,
verás cómo escapan
no haciéndoles caso.
¡Dichoso tú ahora
que sueñas con trasgos,
y gnomos, y brujas,
y duendes y diablos!
¡Verás cuando crezcas!
Verás cómo, en cuanto

tendido en el lecho
te rinda el cansancio,
te asaltan y cercan
fantasmas humanos
de hermosas mujeres
en haz apretado
con ojos azules,
ó negros, ó garzos,
tal vez parecidas
en líneas y rasgos
á Trini y á Rosa
y á Luisa y á Amparo...
En vez de tormentos
con pinchos y ganchos,
vendrán á brindarte
la miel de sus labios;
y cuando despiertes
verás, sin embargo,
que aquellas visiones
te han hecho más daño
que brujas y grifos
y duendes y diablos
con todos sus cuernos
y todos sus rabos.



EL ORDEN SOCIAL

Sentí con las noticias de la prensa
la indignación inmensa
que causa la locura repetida
de los que cuentan que oprimidos gimen
y aseguran que luchan por la vida
con las armas satánicas del crimen.

La sociedad entera se extremece,
la convulsión del pánico la agita
mientras abajo la marea crece
y la turba sin freno bulle y grita

detrás de este ó el otro corifeo
que predica la muerte y el saqueo.
¡Y eso no puede ser! La rabia inmensa
que tiene á todo el mundo un visionario
debe caer sobre él. Es necesario
que el mundo se aperciba á la defensa,
porque el orden social es ante todo;
no se debe alterar de ningún modo!

Vengan las leyes; hágalas cualquiera
y aplíquense sin miedo y sin ambages;
no puede estar la humanidad entera
á merced de una turba de salvajes!

Leyes terribles, implacables, duras
que corten de raíz esas locuras,
y asegurado el orden de este modo
pueda cantar el universo todo:
¡Paz á los hombres, gloria en las alturas!

.....

Y así indignado, fuerte, sostenido
por mi concepto claro del derecho,
dí una vuelta en el lecho
caliente y blando... y me quedé dormido.

—

Como influye en el sueño grandemente
la idea fija que el cerebro asedia,

tuve una pesadilla. ¡De repente
me encontré trasportado á la Edad Media.
Y era todo un señor de horca y cuchillo,
dedicado al placer de la rapiña
y amo de la campiña
que se alcanzaba á ver desde el castillo.

Tenía mi mesnada, mis caballos
y algunos centenares de vasallos
de quienes era yo dueño absoluto
y ante mí se humillaban con fe ciega
tras de pagarme, á guisa de tributo,
los mejores productos de la vega.

Y temiendo mi enojo
la plebe estaba en paz, porque sabía
que era un ser superior, y disponía
de sus vidas y haciendas á mi antojo.

Pero hete que una vez la masa aquella
de villanos pecheros
se me quejó en mis barbas de su estrella,
y yo, para acallarla... ¡eché sobre ella
la avalancha brutal de mis guerreros!

Pero ¡ay! la indignación sorda, bravía
que en la canalla contra mí latía
sin cesar la impulsaba á hacerme daño,
y el terrible enemigo
talaba el monte, ó arrasaba el trigo,

ó diezmaba en las sombras el rebaño...

Total, que contra aquellos criminales salvajes ó beodos

llamé en mi auxilio á todos los señores feudales.

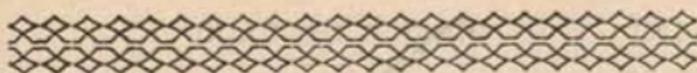
—¡Ved, les dije, á qué estado por la condescendencia hemos llegado! Es preciso, señores, que acordemos refrenar la locura y la osadía y apelar, pues es tiempo todavía, á recursos extremos.

Defendámonos, pues, de los bribones inventando castigos especiales tan tremendos y tales que corten de raíz las rebeliones...

Para tranquilidad del mundo entero, no ha de alterarse el orden ni un segundo, porque el orden social es lo primero y si llega á faltar...¡se acaba el mundo! ¿Y ustedes piensan que dormí tranquilo con una decisión por el estilo?

Pues no, señor; lo chusco es que de pronto desperté asustado y, bien despierto ya, por ningún lado puedo encontrar la solución que busco, y me embrollo y me pierdo

en las dudas traidoras,
pensando que á estas horas
si se hubiera cumplido aquel acuerdo.
la sociedad entera viviría
en pleno feudalismo todavía.



EL PLACER DEL TORMENTO

Esto es amor; quien lo probó lo sabe.
LOPE DE VEGA.

Al rápido fulgor de una mirada
inocente ó audaz, dulce ó traidora,
surge la llamarada
que las entrañas sin piedad devora.
Y por influjo de letal beleño
ríndese el alma sin luchar vencida,
buscando en las visiones del ensueño
el único objetivo de la vida.

Los deseos ardientes se espolean
con las sospechas de traición y engaño
que en los airados ojos centellean...

Los dolores recrean,
las locas alegrías hacen daño.

La rabia oculta sin razón estalla,
el afán enardece, el ansia ahoga,
el amor propio dominado calla,
y el condenado á los tormentos, halla
goce feroz al apretar la soga.

Celos, desdén, ingratitud, locura,
desilusión, delirio,
formas son de la ardiente calentura,
variedad infinita del martirio.

.....
Y ¡dichoso el que sufre de ese modo ,
porque eso es el amor, la vida, todo !



LA ORGÍA.

— Oyes (me dijo Perico,
que es un andaluz de Cádiz
dicharachero y alegre
y guasonazo y tunante),
si *quiés* saber lo que es buenõ,
vente conmigo esta tarde
á un *reservao* de... tal sitio
á tomar un *piscolabis*.
Van dos amigos *de buten*
y tres mujeres capaces
de resucitar á un muerto
con la broma y con el cante...



¡Te vas á morir de gusto
con las cosas que se traen!
Y fuí. Me atrajo el abismo,
porque como el hombre es frágil...
Las mujeres, en efecto,
me parecieron tres ángeles
(porque tratándose de *ellas*
adolezco de ese achaque)
y pensé: « Vaya, aquí vamos
á divertirnos en grande,
á poquito que nosotros
pongamos de nuestra parte. »
Y con este buen deseo,
que no ha de chocar á nadie,
vinieron las expansiones
con los primeros enjuagues.
Como al principio no había
la confianza bastante,
nos desañogamos un rato
diciendo vulgaridades;
pero en cuanto el vino tinto
fué calentando las fauces
se desataron las lenguas
y empezaron los desplantes.
— ¡Luisa, ya te estás marcando
una de esas que tú sabes!

— Anda con ella.

—¡Que tengo
deseos de acompañarte!
Y Luisa, una morenucha
con mucha sal y donaire,
puso los ojos en blanco,
se compuso un poco el talle
y *se arrancó* de este modo
marcando mucho los ayes:
«Ay, maresita del alma,
tengo una pena tan grande
que riego tu sepultura
con lagrimitas de sangre!»

—¡Ole ya!

—¡Viva la gracia!
¡Bendita sea tu madre!
—¡Hay que quererla!

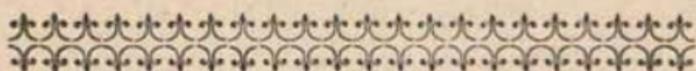
—¡Salero!
¡Vaya un modo de marcarse!
Y entre palmadas y bravos
de entusiasmo delirante
siguió en sus quejidos Luisa
serena é imperturbable:
«Por dar unas puñaladas
le metieron en la cárcel,
y allí se murió mi niño

¡ay! sin poder consolarle.»

Y así sucesivamente
cantares y más cantares
contando muertes, dolores,
incendios y fieros males
que escuchábamos nosotros
ceñudos, serios y graves,
con los codos en la mesa
y sin probar los manjares.
Para rematar la suerte,
en mi brazo reclinándose
Paz, la rubia, me decía
bajito y llorando casi:

—¡Ay! estas cosas, chiquillo,
no son para mi carácter,
porque yo, á pesar de todo,
soy muy desgraciada, ¿sabes?
Me escapé de chiquitilla
de casa, porque mi padre
me ponía todo el cuerpo
perdido de cardenales.
Vine aquí yo no sé cómo,
¡y aquí he pasado más hambre,
y aún la paso!... ¡Si supieras
que á veces pienso en matarme!
Yo quería consolarla,

pero ella dale que dale
que si golpes, que si llantos,
que si vida inaguantable...
Total, que al cerrar la noche
nos marchamos á la calle
sacando, de puro tristes,
los ojos como tomates.
Y ayer me encontré á Perico
y me dijo, al saludarme:
—Muchacho, ¡menuda *juerga*
corrimos aquella tarde!



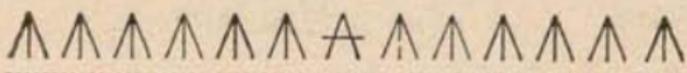
EL RANCHO.

He visto un niño ayer, sucio, andrajoso,
débil, enteco, lacio, escrofuloso,
aguantando el suplicio
de un sol abrasador, sentado en tierra
cerca del edificio
donde está el ministerio de la Guerra.
Sin familia tal vez, ni hogar, ni lecho,
estaba la infeliz criaturilla
del rancho de las guardias en acecho,
inmóvil y apretando contra el pecho
su bote convertido en escudilla.

Y al centinela contemplaba en tanto
paseando con marcha acompasada,
y había tal tristeza en su mirada
que daba ganas de romper en llanto.

.....

Llegó el rancho por fin. Potaje ó sopa,
menestra ó no sé qué... ¡Pero muy rico
lo que le echaron en el bote al chico!
Y hasta el día siguiente... ¡á vivir, tropa!
¡Oh sabia Providencia que apareces
protegiendo á las aves y á los peces!
¡Nada se pierde en tierra de cristianos!
El Estado se gasta lo que cobra
en pitanza de tirios y troyanos,
y después de pasar por tantas manos,
no falta quien *recoge* la que sobra.
Esto tiene importancia y lo merece.
Porque si el niño de mi cuento crece
y triunfa la materia
de esa lucha brutal con la miseria,
¿qué es lo que puede ser? ¡Será soldado!
Y si la patria en un momento dado
le envía á pelear, ¡tenga entendido
que al morir en defensa del Estado
no hace nada de más! ¡Le ha mantenido



LA LETRA CON SANGRE ENTRA...

(BOCETO PARA UN CUADRO DE CUTANDA)

La luz del medio día entra á torrentes,
el polvillo sutil abillantando,
por la enorme montera de cristales
que en extenso salón convierte el patio.

De pie junto á las cajas, los obreros,
con largas blusas negras, alineados
en incorrecta formación, trabajan,
fijos los ojos y ágiles las manos,
en la ruda labor de unir las letras
grabadas del metal en los pedazos

para que en líneas apretadas luego
corra y se extienda el pensamiento hu-
[mano]

El potente motor, pegado al muro,
ruge y resopla cual titán domado
y con velocidad vertiginosa
gira el volante de bruñidos rayos.

Las máquinas se mueven con estrépito
de palancas, de ruedas y de garfios,
y á la breve presión de los cilindros
lo impreso surge en movimiento rápido.

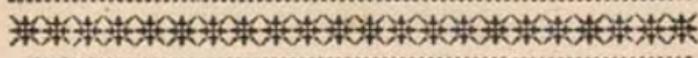
¡Allá van las ideas condensadas
de hombres y pueblos á esperar el fallo
y en el gran edificio del progreso
á colocar el invisible grano!

.....
Viene de pronto un áspero chasquido
á interrumpir el himno del trabajo;
cesan los ruidos, los rodillos paran,
todo enmudece de estupor y pasmo,
y un grito de dolor seco, estridente,
de agonía mortal llena el espacio.

Los hombres dejan su labor. La rueda
del motor ha cogido á un operario,
y tras combate horrible de un momento
le ha arrojado á un rincón, hecho pedazos,

para que allí los rastros de la sangre
se mezclen de la tinta con los rastros.

Y, mientras en el grupo que le cerca
por los tiznados rostros rueda el llanto,
sus ímpetus el émbolo recobra,
y el volante, vencido aquel obstáculo,
vuelve á mover correas y engranajes,
tornan los ruidos que apagó el espanto
y siguen los cilindros, impasibles,
dando vueltas, crugiendo y rechinando,
para que al beso del papel y el plomo
corra y se extienda el pensamiento hu-
[mane.



CARNE DE TABLAS

El esposo tocaba
de higos á brevas
la flauta en un teatro
de los de piezas,
cuando había un maestro
que le quisiera



(que no le había siempre
por suerte negra),
y por soltar sus notas
graves ó tiernas
le daban cada noche
cuatro pesetas.
Como el teatro tiene
bastantes quiebras,
no se hacen millonarios
los de la orquesta,
y el flauta de mi cuento,
lleno de deudas,
siempre estaba á las bordes
de la miseria.
Entre tanto la esposa,
flacucha y seca,
escasa de alimentos
y harta de penas,
le ayudaba cantando
siempre en hilera
con otras infelices
pobres como ella.
Como es un aliciente
de las zarzuelas
el de echar en los coros
carne á la fiera

y procurar que goce
la concurrencia
contemplando muchachas
lindas y frescas,
por puro compromiso
salfá á escena
la corista del flauta,
lacia y enteca.

—
Una noche en su triste
guardilla infecta,
contraída la frente
por la tristeza,
el músico las horas
pasaba en vela
junto á una podre cuna
casi deshecha,
donde dormía un niño
como unas perlas
el intranquilo sueño
que da la anemia.
La infeliz criatura,
de frío yerta,
en un montón de trapos
temblaba envuelta,
y el músico velaba

con honda pena
solo hasta que volviese
su compañera.

—

Llegó al fin la corista.
Sobre una mesa
dejó los cinco duros
de la decena
y... envueltos en un trozo
de colcha vieja,
sus trajes de colores
dijes, cadenas,
toneletes, corpiños,
mallas y medias.
—¿Qué es eso? dijo el hombre.
—Nada, que me echan.
—¿De dónde?
—Del teatro.
—¿Por qué?
—¡Por fea!

.....

Y llorando en silencio,
sin más protestas,
desanudó la colcha,
sacó sus prendas

y echó en la cuna un peto
con lentejuelas,
para abrigar al ángel
que había en ella.



UNA AVENTURA

Después de un año de constante asedio,
en que puse al servicio de mi idea
las trampas, los recursos, las mentiras
que amor sugiere y la pasión inventa,
se rindió mi Dolores. ¡La Dolores
más salada, más linda, más honesta

que ha echado Dios al mundo. Con un talle que no he de comparar con la palmera, porque era más esbelto, y unos labios apetitosos cual maduras fresas, y unos ojos más negros que la noche, y con unas pestañas y unas cejas... En fin, un buen bocado. No es posible pintar ni describir sus excelencias, sobre todo después de doce meses de hacerlas grandes, al soñar con ellas.

Se rindió á discreción, muy convencida de que era yo tan bueno, tan habieca que al caer en mis brazos no arriesgaba ni dos adarmes de su honor siquiera. Y después de larguísima entrevista con honores de asalto en toda regla, me dijo: «Bueno, iré.» ¡Santa palabra! Es decir, santa no, pero muy buena. ¡Cuánto trabajo me costó! ¡Qué luchas entre mi picardía y su inocencia que servía de espuela al amor propio, prestando más relieve á su belleza! «Iré» ¿Conque era cierto? La victoria era mía por fin, grande y completa, sin más dificultades ni distingos que los remordimientos de conciencia.

La esperé en un cuartito reservado de un restaurant *montado* á la moderna, donde suelen pagar á peso de oro la vanidad los buenos calaveras.

Semanas se me hacían los minutos esperando á mi bien, con una mezcla de temor y ansiedad que lentamente me abrasaba la sangre de las venas.

¿Vendría? Tal vez no, que en ocasiones se defiende el pudor en las trincheras y en el prólogo quedan las conquistas porque triunfa á la postre la vergüenza.

¿Sería yo capaz si ella viniese de llegar hasta el fin de la comedia y de burlar su amor para lanzarla del ruin pecado en la escabrosa senda?

Dolores era hermosa ciertamente, pero un ángel de Dios de puro buena, y hacerla desgraciada por capricho sería acción infame y canallesca.

Llegó temblando de emoción, de miedo, toda encendida, acongojada, trémula, y hasta llegué á creer que se caía de puro susto al empujar la puerta.

Sentí tal compasión, piedad tan grande

que del deseo se apagó la hoguera
y la dije azorado y confundido:
—Pasa, luz de mis ojos, y no temas,
porque juro tratarte desde ahora
como á la Virgen de los cielos reina.

Y es lo raro del caso que Dolores
me miró con asombro, con sorpresa,
como si un hombre nuevo de repente
surgiese allí para burlarse de ella.
Tiró en una butaca la mantilla
y me dijo al oído:—Calla y cierra
y no me jures tonterías. ¡Todos
empezáis con la misma cantinela!



¡BONITAS ESTÁN LAS LEYES!

(COMO DIJO EL OTRO)



—Mi caso es el siguiente (dijo el viejo),
que una injusticia sin ejemplo prueba:
yo tenía en mi casa aquella noche
guardadas en un trapo en la despensa
dos pesetas, sobrantes del salario,
destinadas á un pago en la taberna.

Mi chica, que es muy guapa
y espejo y nata y flor de las morenas,
me dió un caldito, me acosté en seguida
y me quedé dormido como un bestia.
Allá, al amanecer, oí pisadas
en el pasillo y rechinar de puertas
y, como es natural, sobresaltado
salí del lecho y encendí una vela,
pensando que algún pillo
me venía á quitar las dos pesetas.
Ví que en la sombra un hombre se escondía,
agarré, por si acaso, la herramienta
y me puse á gritar:—¡Ladrones! ¡Guardias!
Subió gente, el sereno, la portera...
Cogimos al ladrón, se lo llevaron
y yo dije:—¡A presidio de esta hecha!
Y á presidio sin falta hubiera ido
el autor del delito, si no prueba
que estaba en relaciones con mi chica
y entró en la casa... para hablar con ella.
Total, que le pusieron en la calle
y yo quedé corrido de vergüenza
porque, es lo que yo digo,
y ni Cristo me saca de esta idea:
¿conque es decir que si el ladrón entrara
en mi casa á unas horas como aquellas

á quitarme no más los ocho reales
qué guardaba en el trapo en la despensa,
le ponen á la sombra
por ocho años ó diez ó los que fueran,
y yendo, como fué y está probado,
á robarme el honor, van y le sueltan?
¡Pues si ésta es la justicia,
que venga el Padre Eterno y que lo vea!
Por supuesto, hecho el daño, no me importa
lo de la chica ya, ni la sentencia:
siento... ¡que el tribunal dé por sentado
que yo apreciaba más las dos pesetas!



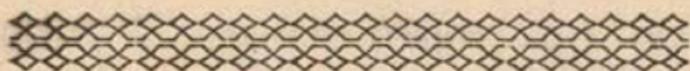
VANOS PROPÓSITOS

Tengo la costumbre
cuando acaba el año
(y hace diez ó doce,
que es lo más amargo)
de pensar que el tiempo
no se pasa en vano,
y es inocentada
no querer notarlo.

—Vaya, tú (me digo),
hay que hacerse cargo
de las circunstancias
y aguantar el cambio.
No eres un chiquillo,
puedes ser jurado
y tener no debes
cosas de muchacho.
Basta de bromitas,
de correr jugando,
de reir por todo,
de charlar de largo
y de hacer juguetes
para los teatros
y de andar de noche
por los escenarios.
Ya eres hombre serio
lleno de cuidados,
y es inútil que hagas
por disimularlo.
Hay que hablar poquito,
hay que andar despacio
y escribir poemas
en catorce cantos.
Tienes que acostarte
siempre muy temprano,

trabajar con orden
y lo necesario,
nada de barullo,
nada de entusiasmo,
que á tu edad ya sabes
que resulta falso.
¡Sienta la cabeza!
¡Sé prudente y cauto!
Mira que es probable
que sin tú notarlo,
por querer echarlas
de chiquilicuatro,
todos te supongan
necio rematado.—
Esto es lo que pienso
y en seguida ¡claro!
me prometo y juro
no hacer más el paso.
Pero llega Enero,
voy á realizarlo
y... exclamo delante
del espejo:—¡Diablo!
¡Pues si estoy lo mismo
que el año pasado!
¡Visto está que nada
justifica el cambio!—

¡Y de esta manera
siempre juro en vano
y en los veinticinco
Diciembres me planto!

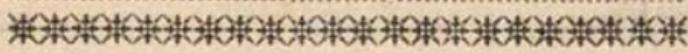


ANTE EL JUEZ

—Ello fué porque en la obra,
Gorgonio, que es un boceras,
me llamó *morral*... del todo;
¡morral! así como suena.
Póngase usía en mi caso;
me quemó la palabreja,
Y le dije, digo: «Mira,
Ven á decirme eso fuera.»
Y él dijo, dice: «Pues vamos».

Dejamos las herramientas,
y fuimos con cuatro amigos,
ú cinco, ú media docena,
á darnos cuatro morradas
para lavar las ofensas,
como hacen los ciudadanos
honraos que tienen vergüenza.
Pero nos vieron los guardias,
se maliciaron la gresca
y, sin más, nos han traído
poco menos que á la fuerza.
Y esto es lo que á mí me puede,
y me carga, y me revienta,
con perdón, ¡que no se tire
pa toos igual de la cuerda!
Porque habrá usía leído
como yo, y como cualquiera,
que hace poco en el Congreso
se armó una marimorena
porque se quemó un ministro
muy caballero y etcétera
con un diputao, no menos
caballero, por las señas,
y le dijo: «¡Salga usía!»
y el otro dijo: «¡Pues, ea!
Y entre dimes y diretes

anduvieron de cabeza
todos los demás menistros,
los señores de la mesa,
y la melicia y el clero,
y el pueblo, y la clase media.
Y á todo esto, no fué un guardia
con sus formas incorreztas
á decirles:—«¡Alto el carro!
que el Código tiene penas
pa los que se desafían
aunque luego se arrepientan»,
ni trajo á toos los que andaban
metidos en la faena
para que usía en el azto
les cantara las cuarenta.
De modo que usía ahora
podrá decir lo que quiera,
pero yo le digo á usía
que si toas las leyes esas
se han hecho pa que perdamos
un jornal de dos pesetas
un servidor y el Gorgonio ..
son unas leyes... de pesca.



MINIATURA.

Yace aquí Juan Fernández, muerto en
[riña,
de un navajazo, por cuestión de celos.
El y su matador eran amigos,
camaradas de bromas y bureos,
y hombres de armas tomar, valientes
[ambos,
temibles en las tascas y en el juego.

Se enamoraron ambos de una moza
de labios encarnados y ojos negros
que *hizo cara* á los dos, de puro buena,

por el temor de hacerles un desprecio,
y en aquel punto y hora, de repente,
los lazos amistosos se rompieron
como se rompe y salta hecha pedazos
la roca á los impulsos del barreno.

Fué minando las almas el salvaje
rencor, acumulándose en los pechos,
y al estallar incontrastable un día
puso en las manos el terrible acero.

Solos los dos, de noche, en un barranco,
por el amor brutal locos y ciegos,
el querer se jugaron de la moza
en bárbaro combate cuerpo á cuerpo.

Juan Fernández cayó. Quedó olvidado
con la navaja abierta entre los dedos,
y la justicia le enterró de balde
después de emborronar algunos pliegos.

Yace aquí. Cuando pases por su tumba
pide ¡oh cristiano! su perdón al cielo:
¡murió por la mujer, única muerte
que no es un disparate manifiesto!

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Humorada que puede servir de	
Prólogo	5
S. M. el público ..	7
Celos retrospectivos.....	11
Fantasía.....	15
En la celda.. .	19
La disección.....	23
El amor.....	25
El campo de batalla.....	29
Menudencias.....	31
Miniatura	35
Volubilidad	39
Égloga.....	43
Diálogo trascendental.....	47
Pequeño poema.....	51

	<u>Páginas.</u>
La eterna derrota	55
Las pequeñas causas.....	59
Confiteor	63
Sensiblería... ..	65
Haz bien.... ..	69
Luzbel.. .	73
Contraste..... .	77
El tiro por la culata... ..	79
El timonel	83
Al montón.....	85
Juicio oral.....	89
Los ojos lánguidos... ..	91
Visita de inspección.. .	95
¡Ande el movimiento!.....	99
Un cuento.	103
Floreos	107
Ellas.	111
El tren gallego.... ..	115
En el Olimpo.	119
La Metamorfosis.....	123
El beso.	125
La eterna injusticia.....	129
En el árbol.....	131
¡Oh, la fama!.....	135
Ensayo general.....	139
Cuento olímpico.....	143
Querido amigo.....	147
Música perdida.....	151
Noche perdida.....	153
Amorosas	161
El sexo débil.....	171

	<u>Páginas.</u>
Pesadillas.....	177
El orden social.....	181
El placer del tormento.....	187
La orgía.....	189
El rancho.....	195
La letra con sangre entra.....	197
Carne de tablas.....	201
Una aventura.....	207
Bonitas están las leyes.....	211
Vanos propósitos.....	215
Ante el juez.....	219
Miniatura.....	223

NOTA

LEY DE PROPIEDAD INTELECTUAL

Art. 7.º Nadie podrá reproducir obras ajenas sin permiso de su propietario...

Art. 45. De las defraudaciones de la propiedad intelectual cometidas por medio de la publicación de las obras á que se refiere esta ley, responderá, en primer lugar, el que aparezca autor de la defraudación, y en defecto de éste, sucesivamente, el editor y el impresor, salvo prueba en contrario de la inculpabilidad respectiva.

Para la reproducción en todo ó en parte de este libro, es, pues, necesaria a autorización de su autor propietario.

Biblioteca Regional de Madrid



1014814

22089

JOSÉ DIAZ DE QUIJANO

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 8, HOTEL
MADRID.

OBRAS DE VENTA EN ESTA CASA

Actualidades. *Revista semestral ilustrada.*—Publicados los tomos correspondientes á los dos semestres de 1893. Redactada por los más distinguidos escritores y los más populares artistas.—*Precio de cada ejemplar, 4 pesetas.*

Guasa Viva, de *Juan Pérez Zuñiga.*—Un tomo en 8.º, de más de 300 páginas, ilustrado por Cilla, Mecachis, Huertas y Grós.—*Precio, 3 pesetas.*

Pampiroladas, del mismo autor.—Un tomo.—*Precio, 1 peseta.*

BIBLIOTECA DE FERROCARRILES

TOMOS PUBLICADOS

Recuerdos de antaño, por *Domingo Cuevas*..... *Pesetas. 1'50*

Surtidos para viaje
por varios autores... *Id. 1'50*

EN PREPARACION.

Varios tomos de distinguidos escritores.

BIBLOTECA ILUSTRADA
DE
AUTORES CONTEMPORANEOS

Pesetas.

TOMOS PUBLICADOS:

- | | |
|---|---|
| I.— Piruetas , por <i>Juan Pérez Zúñiga</i> .—Ilustraciones de Cilla, Mecachis y Huertas..... | 2 |
| II.— Cuentos , por <i>Enrique Sepúlveda</i> .—Ilustraciones de G. de Federico | 2 |
| III.— Cuentos del lunes , por <i>Federico Urrecha</i> .— Ilustraciones de Méndez Bringa, y G. de Federico. | 2 |
| IV. Marinucas , por <i>Fernando P. de Camino</i> .—Ilustraciones del autor. | 2 |
| V. — Y pocas nueces , por <i>Sinesio Delgado</i> .—Ilustraciones de Cilla..... | 2 |

EN PRENSA:

Pasiones políticas, por *Enrique Gaspar*.....

EN PREPARACION:

Mundanas, por *Alfonso Pérez Nieva*.....

Cuatro cosas, por *Antonio Peña y Goñi*.

Cuentos españoles, por *M. Martínez Barrionuevo*.....

Madrid viejo, por *Ricardo Sepúlveda*.

BIBLIOTECA DE VIAJES

EN PREPARACIÓN

TOMO I. — *Cuarenta leguas por Cantabria*, por **BENITO PÉREZ GALDÓS.**

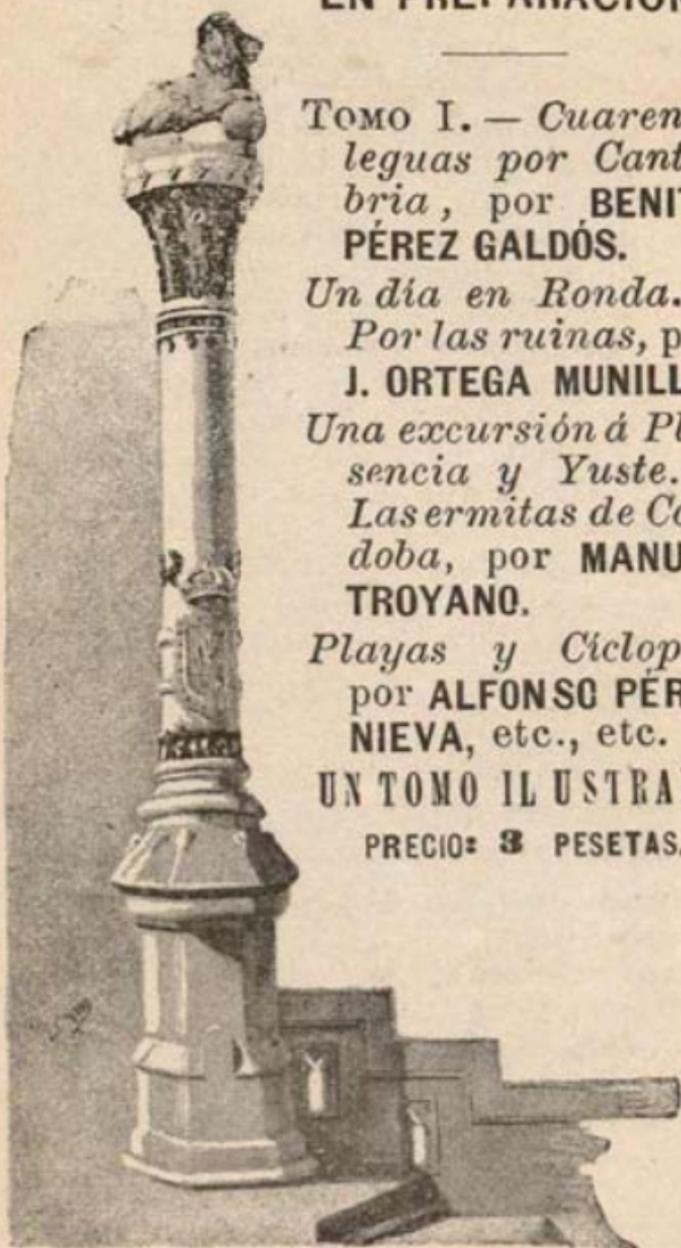
Un día en Ronda. — *Por las ruinas*, por **J. ORTEGA MUNILLA.**

Una excursión á Plasencia y Yuste. — *Las ermitas de Córdoba*, por **MANUEL TROYANO.**

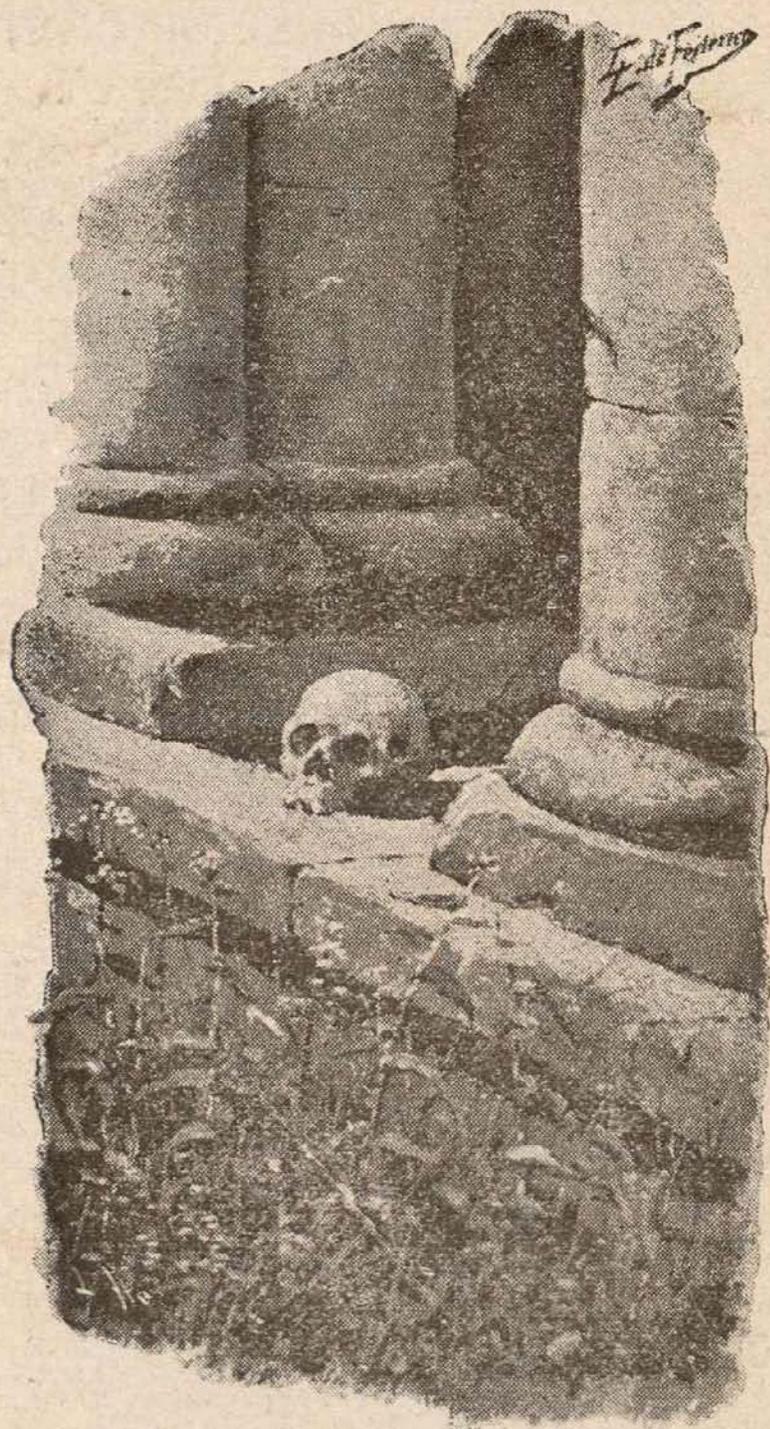
Playas y Cíclopes, por **ALFONSO PÉREZ NIEVA**, etc., etc.

UN TOMO ILUSTRADO.

PRECIO: 3 PESETAS.

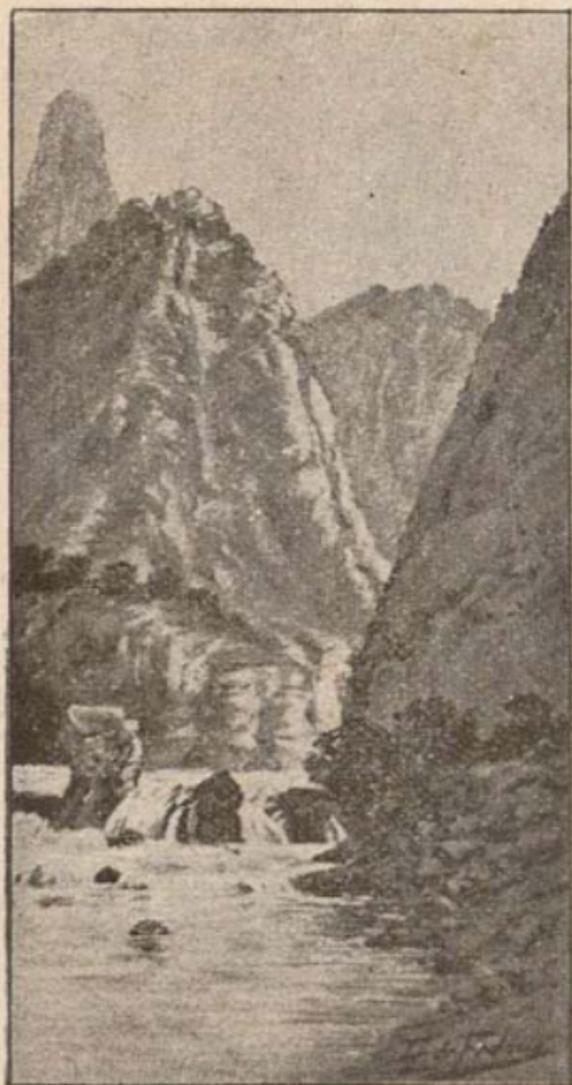


BIBLIOTECA DE VIAJES



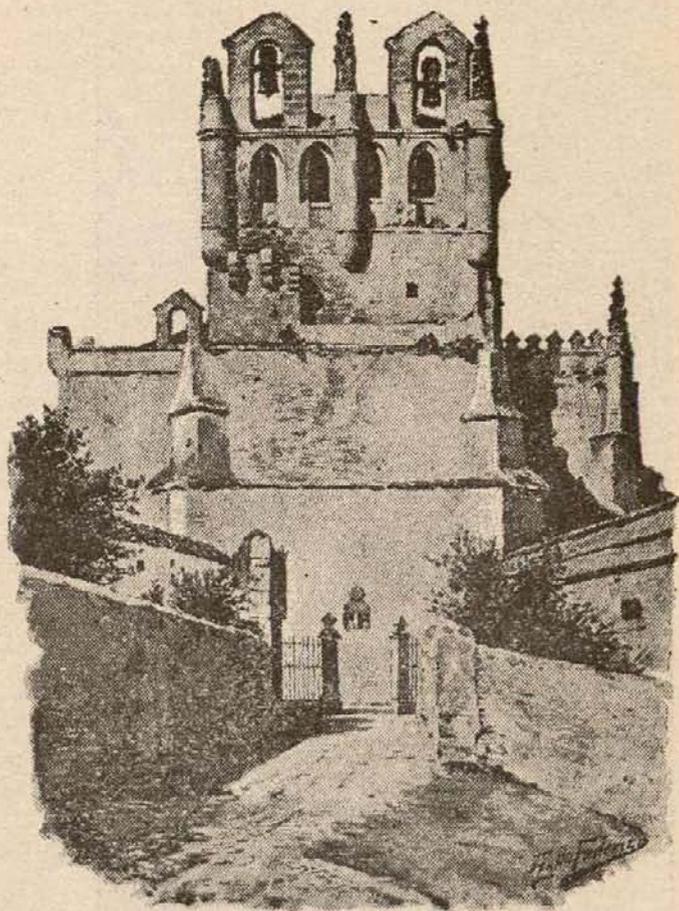
(Muestra de grabados)

BIBLIOTECA DE VIAJES



(Muestra de grabados)

BIBLIOTECA DE VIAJES



(Muestra de grabados)







MADRID,—1894.
mp. Rev. de Navegacion y Comercio,—Marqués de Urqu

Blanco

Estad



1014814

